

El rebaño necesitaba del reposo y de algunos días de buena alimentación, para que «las piezas» pudieran venderse á buen precio en el mercado.

No faltaban en aquel día compradores: habían llegado de todos los ingenios de los alrededores, y del Orinoco superior, porque no había plaza alguna en aquellas comarcas, que celebrara una feria anual de esclavos.

El edificio en que la venduta se debía verificar, se hallaba á un extremo de la ciudad. Había un salon lleno de gente, lo mismo que la cantina inmediata á éste, la que formaba una especie de corredor. En ella se servían vinos y alimentos por cinco ó seis ranchos, que apenas podían dar cumplimiento.

Entre los concurrentes, se hallaban también D. Antonio Sanchez y su digno padre, quienes encontraban allí muchos conocidos.

—Buenos días, D^s Lanchos, saludó al entrar el viejo Sanchez, á una señora alta y formida, que tenía aspecto de hombre y se hallaba junto al mostrador de la cantina, tomando un vaso de aguardiente.

Esta señora no era joven ni hermosa, porque su cara huesuda y sus facciones duras, armonizaban perfectamente con la construcción musculosa de su cuerpo, cubierto con un vestido de indiana de muchos colores, mientras que un enorme sombrero de paja adornaba su noble cabeza. Un negro que se hallaba á su lado con un inmenso quitasol, indicaba ser esta señora propietaria

CAPITULO VI.

La vida de los esclavos.

Al día siguiente hubo mucho bullicio en las calles de San Fernando de Apure, mas que en cualquier otro día del año, porque había una gran feria..... mejor dicho, una *venduta pública de esclavos*, que cada año se celebraba en la ciudad mencionada.

Los traficantes de esclavos, ya habían llegado con sus «negros rebaños,» con su *caza de negros*, como solía llamar D. Antonio Sanchez á los negros que estaban de venta.

ria de un ingenio, y que habia venido á aquel punto, para proveerse de esclavos.

Cuando D^a Lanchos oyó la voz del viejo Sanchez, se volteó, diciendo con una perfecta voz de hombre:

—¡Ah! D. Francisco Sanchez. Dichosos los ojos que os ven.

Luego le ofreció una copa de aguardiente. D. Francisco tomó un poco, y volviendo la copa, dijo:

—Por Dios! D^a Lanchos se ha conservado bien en los diez años que no nos hemos visto.

—¡Vaya! contestó la señora riendo. Tampoco D. Francisco ha desmerecido..... y le encuentro gordo y con mas dinero, segun dicen.

—Tal vez será así; el Diamante es una buena finca.

—La mas productiva de toda la comarca.

—Vaya! dijo Sanchez, pidiendo unas copas de aguardiente. Tampoco la hacienda del Tuy es despreciable, y os ha dado buenas cosechas. Habis hecho bajar los precios del azúcar en la última vez. ¿Lo hareis tambien hoy, en la venduta de esclavos?

—De ninguna manera, contestó la propietaria. Pienso solamente reponer lo que se ha inutilizado de negros; diez ó doce, si la *mercancía* es buena. ¿Cuántos habrá en el mercado?

—Seiscientos sesenta piezas, contestó Sanchez con indiferencia. Iremos á verlos si gustais.

—Corriente, dijo D^a Lanchos.

Y ambos fueron al salon donde habia muchos compradores. Frente á la entrada, en un extremo de la sala, habia una mesa sobre una plataforma, y estaban á la derecha los escribientes y cajeros. Detrás de la mesa se hallaba la del vendutero; á su derecha se encontraban los esclavos varones, formados en hilera, y á su izquierda las esclavas.

Todos estaban recién lavados, y las mujeres tenian delantales nuevos de indiana; algunas de ellas, las de mas precio, se hallaban bien peinadas.

¿Y por qué no habia de ser así? ¿no se peinan y preparan lo mejor posible los caballos, cuando se trata de obtener por ellos un buen precio de venta?

Entre las dos hileras iban y venian los compradores inspeccionando las *mercancías*. Estos compradores reian, chanceaban y revelaban un buen humor.

Los negros guardaban silencio, indicando los mas, por su indiferencia, que estaban resignados con su suerte. Solamente algunas mujeres tenian su vista fija en el suelo como avergonzadas, y en algunos esclavos varones se notaba una mirada taciturna. Acaso unos pensaban en sus padres, y otros en sus hijos ó parientes, ó en su patria y sus hogares..... En fin, en todo lo que les era querido y se les obligaba á abandonar, para no volverle á ver jamas.

—¿Pero qué diablos estais haciendo aquí? dijo en este momento el jóven Sanchez á un hombre de edad, tocándole el hombro. ¿Habeis traido mercancía de esclavos como criador? ¿Cómo es que no os habia visto sino hasta ahora?

El criador de esclavos hizo la señal de la cruz, contestando:

—Acabo de oir la santa misa.

—¿Tan devoto? preguntó Antonio.

—El negocio no produce buena ganancia, si no está uno bien con la Santa Madre Iglesia.

—¿Y el cielo favorece vuestro negocio?

—Debo confesar que estoy satisfecho.

—¿Teneis alguna mercancía de venta?

—Solo algunas mujeres que no paren, y que deseo cambiar por mercancía fresca, que se reproduza.

—Sois un hombre original, dijo el jóven Sanchez, que habia venido á la venduta para disipar su cólera del dia anterior. Creo que teneis cria de negros, como en las haciendas se tiene la de cerdos.

—Así es en efecto, contestó el hombre, estregándose las manos y pasándose de un lado á otro de la boca el tabaco que mascaba. Es casi el mismo giro, con la diferencia de que la cria de negros produce algo mas.

—¿Algo?..... Se dice que os habeis hecho muy rico.

—He hecho alguna cosa, contestó el otro con una sonrisa de satisfacción.

—¿Pero cómo haceis para que os produzca el negocio?

—Este no es un secreto que deje de estar al alcance de los demás hombres. La cria de negros es para mí el giro principal. Por esto no cultivo mas que el tabaco en mi hacienda, cuyo clima es bueno. Mis negros reciben un alimento fuerte; leche, carne y maíz. No comen como los vuestros á quienes dais solamente frijol y mala carne, en corta cantidad. ¡Oh! los negros están conmigo como en el paraíso. Las mujeres que paren mucho, son preferidas en la buena alimentacion y el trato, y jamas se venden. Las que no paren, las pongo presto bajo el martillo del remate. Traigo aquí doce de estas. Harémos negocio con ellas. Comprádmelas, si os convienen. Son fuertes y sanas. Si las tomáis todas, os daré á seiscientos pesos pieza.

—Lo creo, contestó Sanchez; pero no doy ni cuatrocientos.

—Es buena mercancía.

Antonio movió la cabeza.

—No han sufrido nada, son fuertes, tienen huesos sanos.

—No saben trabajar.

—Para eso es el látigo y la media racion.

—Para que se enfermen despues.

—Pues bien, os las daré á quinientos.

—Ni á cuatrocientos.

En este momento sonó la campana del vendutero. Era la señal de que el remate comenzaba.

Todo estaba en silencio, cuando un hombre vivaracho, astuto y de corta estatura subió á la mesa del remate.

—¿Quién ser amo? preguntó en aquel momento en voz baja un negro alto y bien parecido, señalando con el dedo á Francisco Sanchez. Esta pregunta iba dirigida á otro negro que se hallaba cerca de él, y que conocia las haciendas de los alrededores.

—Ser diablo, ser Francisco Sanchez..... verdadero diablo contra los negros.

—¡Oh! suspiró el negro alto, estremeciéndose.....
¡Oh! no querer que me compre..... no querer tener por amo un diablo César mejor morir.

La campana sonó por segunda vez. Comenzó el remate. Los primeros negocios eran insignificantes, porque se dejaban los mejores negros para lo último.

El procedimiento era el siguiente:

El vendutero llamaba á un esclavo, ó á una esclava por su nombre, lo colocaba delante de sí en la plataforma, pregonando las buenas cualidades de la mercancía, y ocultando las malas.

—¡Phylis! gritó en aquel momento el vendutero.

Una negra de veintiocho años, fea como la noche, y no muy fuerte, se presentó.

—¡Phylis! volvió á gritar el mismo vendutero, excelente mercancía: juventud, belleza, aplicacion, habilidad y docilidad.

Una risa general interrumpió al vendutero.

—No os riais, señores y señoras, continuó con gravedad. Podeis creer á mis palabras. Phylis es la fidelidad personificada. Tiene entendimiento como un caballo. Nadie la ha visto robar, ni ha sido desobediente jamás.... No hay mas que enseñarle el látigo, y obedece en el acto. Seiscientos pesos, señores y señoras..... ¿Quién dá mas?.....

La negra no se movia, mostrando suma indiferencia cuando algunos compradores se le acercaban para verla.

Semejante á un carnicero que trata de comprar animales para matar, examinaban el físico de la negra los compradores de carne humana; uno le abria la boca para ver los dientes; otro le levantaba los brazos para verle las costillas; otro le veía los piés para averiguar si estaban fuertes, y por este órden sufrió diversos escrutinios.

Al fin volvió á sonar la campana. Se habia hecho un ofrecimiento.

—Seiscientos cincuenta pesos por primera, gritó el vendutero.

Nadie respondió.

—Seiscientos cincuenta pesos por segunda..... ¿Hay quien dé mas?

Otro silencio.

—¡Seiscientos cincuenta pesos..... por tercera!
Cayó el martillo.

El comprador pagó el dinero y se llevó á Phylis, quien no manifestó alteracion alguna en su semblante.

—¡César! gritó de nuevo el vendadero.

Este negro alto y hermoso, á quien habia llamado ántes la atencion la presencia del viejo Sanchez, se estremeció, y luego subió á la plataforma, reanimándose. Aunque sus facciones mostraban indiferencia, se veía en sus ojos algo de lúgubre, algo que podia llevarle á la desesperacion. Por lo demás, como jóven, era sumamente fuerte y bien formado, todo lo cual llamó la atencion de los compradores.

—¡César! volvió á gritar el vendadero. Veintidos años. Fuerte como un Hércules. Y sin embargo, dócil como un cordero. Hermoso ejemplar..... Una imágen de fuerza y de juventud. Trabaja, señores y señoras mías, por tres negros. Jamás habreis visto un negro mas fuerte, ni mas ágil. Mirad los robustos músculos de sus brazos y sus piernas. No hay la menor lacra. Manos como de fierro..... Huesas como los de un caballo..... Dientes como un marfil..... Mil doscientos pesos por César..... Es un precio muy bajo.

Dofia Lanchos y el viejo Sanchez subieron á la plataforma para verlo.

Cuando el negro vió que Sanchez se interesaba á él, manifestaba la desesperacion en sus ojos.

—¡Mil doscientos cincuenta! gritó el criador de esclavos.

—Mil trescientos, ofreció D^a Lanchos.

—Mil trescientos cincuenta, gritó otro.

—Mil cuatrocientos, sonó una voz del rincon.

—Mil cuatrocientos veinte, ofreció D^a Lanchos.

Y en la frente de César se notaba una sombra, porque los negros, en lo general, temen mas á las amas que á los amos.

Siguieron diversas pujas, y despues de haber ofrecido D^a Lanchos hasta mil cuatrocientas setenta y cinco peses, se remató en mil quinientos al viejo Sanchez.

En el semblante de César se manifestaron el terror y la desesperacion.

Despues de haber pagado Sanchez, se llevó á su esclavo, que apenas podia sostenerse en pié.

—¡Juná! volvió á sonar la voz del vendadero.

Una jóven negra, hermosa, se hallaba sollozando en los brazos de su madre, que gritaba:

—¡Amé, amé! no separar á Juno de su madre..... No ser tan cruel..... Madre trabajar como dos negros...

Pero ya el capataz habia separado á las dos, y con un par de latigazos hizo callar á la madre.

¡Qué importan al traficante de esclavos tales sentimientos! él no reconoce familia entre los negros, que no considera sino como cosa, como mercancia, que se puede separar y vender donde mejor le convenga: el hijo para la Luisiana; la madre para la Carolina, y la hija para

San Fernando! ¡Qué le importa á él, con tal de que gane dinero!

—¡Juno!, gritó de nuevo el vendutero. Modelo de las negras. Diez y seis años. Una verdadera Vénus. Carne como piedra. Piernas como columnas..... ¡Mil cuatrocientos pesos por Juno!

Muchos compradores subieron á la plataforma; entre ellos ocupaban el primer lugar los dos Sanchez, siguiéndose D^a Lanchos y el criador de esclavos.

La pobre muchacha inclinó la cabeza, pero D^a Lanchos se la hizo levantar, le abrió con ambas manos la boca para verle la dentadura, mientras el jóven Sanchez y el criador de esclavos se convencieron de la fuerza del tobillo de Juno.....

—Esto es algo que me conviene, dijo el criador de esclavos al jóven Sanchez.

—Amigo, contestó éste, dejadme á Juno. Encontrareis mujeres bastantes.

—¡Qué fuera yo un tonto! replicó el otro. No encontraré jamas una cosa mas apta para mi cria de negros.

—Sed razonable, amigo mio, continuó el jóven Sanchez, levantando el brazo de Juno para examinar la fuerza de sus costillas; en otra ocasion os lo recompensaré.

—En el comercio no hay amistad, exclamó el criador de esclavos. Raras veces se encuentran modelos para mi cria, de las cualidades de Juno, que es un capital

que trae altos réditos. Vos podeis utilizar cualquiera otra para vuestra hacienda de azúcar, con tal que sea sana y fuerte.

—¿Tratareis, pues, de alzar la mercancía y echar á perder el negocio? exclamó el jóven ya colérico.

—Tengo el mismo derecho de ofrecer que vos, replicó el criador con una mirada tambien colérica.

—Pues bien, dijo D. Antonio, con orgullo y cólera mal reprimida; ¡verémos!

Sonó la campana.

—¡Mil cuatrocientos pesos por primera! gritó el vendutero.

—¡Cincuenta mas! gritó el jóven Sanchez.

—¡Cincuenta mas! sonaron muchas voces.

—¡Mil quinientos cincuenta!

Despues de haber subido el jóven Sanchez hasta mil ochocientos, fué rematada Juno al criador de esclavos en mil ochocientos cincuenta.

El jóven Sanchez estaba fuera de sí. Aunque apenas habia comenzado la vendita, dejó el salen, se precipitó á la cantina, tomó una gran copa de aguardiente, montó á caballo y se alejó á toda carrera, despues de haber dado órden al administrador de su hacienda de que recibiera á César y le llevara al ingenio.

Este, llamado el «Diamante», se hallaba situado en un bajío á pocas leguas de San Fernando de Apure. La mayor parte de sus terrenos eran pantanosos, porque el rio de Apure salia de su cauce algunos meses del

año, produciendo inundaciones. Precisamente esta *h*medad, aunque hacia insalubre el bajío, combinada con el calor excesivo, fertilizaba los terrenos, haciéndolos muy á propósito para el cultivo de la caña.

Sobre una loma no muy elevada, medio oculta tras de naranjos y granados, estaba situada la casa principal de la hacienda, con sus anexas. Aquel edificio se hallaba en el centro de un jardín, con una multitud de plantas tropicales. Su extensión era considerable, y tenía grandes corredores que le daban un aspecto muy alegre. A alguna distancia de la casa principal, estaban las chozas de los negros, situadas en línea recta y con un exterior aseado. Entre estas chozas y la casa principal, se elevaba la habitación del administrador de la finca. Era aquella una casa amplísima, con pórtico, construida de tal manera que desde allí se veían bien las habitaciones de los esclavos y la demás de la misma hacienda.

Todo esto tenía una vista pintoresca, y cualquier extraño se hubiera considerado en un paraíso; juzgando únicamente por el exterior; pero solo habría bastado echar una mirada al interior del despacho del administrador, para tener un completo desengaño. Las paredes de este cuarto se hallaban adornadas, además de una gran cantidad de rifles y pistolas, con una colección completa de látigos, desde el de seda torcida, cuya aplicación hace saltar la sangre, causando agudos dolores que producen demencia, hasta el terrible de pieles de vaca ya ú-

tes mencionado. En otro cuarto inmediato había una figura que representaba un esqueleto de hombre. Se hallaba forrado de cuero de venado, y con ella se ejercitaba el capataz en sus ratos de ocio, particularmente en los días festivos, en el noble arte de dar latigazos. Gracias á este ejercicio, había adquirido una habilidad tal, que mataba con el látigo hasta una mosca en las espaldas de un negro ó en las piernas de una negra.

Junto á la casa de este hombre *humano* había otro establecimiento muy interesante: la habitación de los perros de sangre, aquellos animales que los hombres han convertido en bestias feroces: animales de que los conquistadores de América han hecho uso para cazar indígenas, en baldon de la humanidad, y que todavía hoy son un medio de seguridad para los dueños de esclavos contra estos desgraciados.

Con este objeto, y para aprehender á los esclavos fugitivos, mantenía D. Francisco Sanchez diez de estos perros de sangre, de los cuales cuatro quedaban libres todas las noches para vigilar la hacienda.

¡Ay del esclavo que se hubiera atrevido á salir de su choza; los perros lo habrían despedazado en el acto!

El jóven Sanchez había dado un gran paseo á caballo para disipar su enojo, que había llegado á su colmo por tres causas: el próximo enlace de Soto con Arabela, el acontecimiento con el mono Tití, y la compra de la esclava Juno por el criador de esclavos.

El camino que le llevaba al Diamante, le hizo tocar los plantíos mas al sur de la hacienda, donde se hallaban la mayor parte de los negros, trabajando.

Estos, al verle de lejos, se estremecieron.

—Venir jóven diablo, eran las palabras que circulaban entre ellos. Jóven diablo ser peor que viejo diablo.....

Y era en efecto un presentimiento lo que habia hecho estremecer á estos desgraciados, porque aquel que en la misma noche habia matado á latigazos, en su furor y sed de venganza, al pequeño Tití, buscaba otra oportunidad para satisfacer su crueldad.

—¿No hay novedades? preguntó desde lejos á un capataz que tenia un látigo de esclavos en la mano, y estaba vigilando á aquellos infelices.

Este individuo que conocia bastante á su amo, notó en sus facciones el deseo que tenia de que ocurriera algo que diese ocasion á algun acto de crueldad. Desgraciadamente, en aquella mañana un negro y una negra se habian permitido algunas familiaridades, por cuya circunstancia estaban un poco atrasados en sus trabajos. El capataz refirió esto á su jóven amo, con una alegría refinada.

Esta relacion vino á D. Antonio como anillo al dedo. No habiendo conseguido á Juno, debian ser víctimas de su enojo estos dos esclavos.

—¿Ya recibieron su castigo? preguntó con ojos chispeantes.

—Todavía no, amo, contestó el capataz.

—¿Y quienes son?

—Zeno y Dafne.

—Pues bien, dijo Antonio, con un gozo diabólico en sus facciones. Una vez que sois de tan buen humor, voy á adornaros para el baile. Dadles el yugo.

Al oir Zeno y Dafne la palabra *yugo*, se arrodillaron llorando ante el jóven Sanchez, y exclamaron:

—Temer compasion amo. No dar yugo..... Zeno y Dafne querer trabajar. No dar yugo.

Pero en vano. El capataz ya habia traído el instrumento, que los dueños de esclavos llaman yugo de nuca.

Estos instrumentos de tortura son de madera, con aros de fierro, entre los cuales se introduce la cabeza del esclavo hasta el pescuezo; y aunque estos yugos pesan mas de treinta libras, se obliga á los esclavos á seguir trabajando.

Zeno y Dafne apenas habian proferido aquellas palabras, cuando ya tenian puesto el yugo, y con unos latigazos bien aplicados, se les obligó á continuar sus trabajos.

—¡Bien! exclamó Antonio, ya teneis lo que habeis querido. Os viene muy bien este adorno, y os refrescará.

Y se alejó riendo.

Una maldicion de los esclavos, proferida entre dientes, le seguia.

Pero con esto no estaba satisfecho el furor del jóven; al contrario, sucedió con tal acto de crueldad, lo que al leon cuando ve sangre..... le incitó á nuevas crueldades.

¿Y quién habia hecho de este jóven, de tan buena presencia y de exterior amable, un monstruo de crueldad, ó era así por naturaleza?

¡No! Todo indicaba que la naturaleza hubiera hecho de él un hombre de buenos sentimientos..... Su perdicion consistia en el abominable ejemplo que le habia dado su padre, no ménos que en su educacion descuidada. Nadie, cuando niño, le habia corregido sus faltas, ni acostumbrado á dominar sus pasiones. Todos los dias veía martirizar á los esclavos, y estas escenas le servian de diversion. Se reía, lo mismo que su padre, de los bríncos y contorsiones de los esclavos, producidos por los agudos dolores de los latigazos. Sus gritos eran para él equivalentes á los ahullidos de los perros, porque á un negro no se consideraba como persona, sino como cosa.

Su padre le habia regalado, desde muchacho, una jóven negra, que le debia servir de juguete. En cada enojo hacia padecer á la pobre criatura, y sus padres se reían, siempre que su hijo montaba en ella como á caballo, convirtiendo sus partes carnosas en un canutero. Gritaba entónces la pobre, la estiraba el muchacho de los cabellos, sujetándola hasta que callaba.

De este modo se endurecia su corazon, como el de

muchos hijos de estos ricos propietarios, y se extinguia en él todo sentimiento humano; de manera, que la crueldad se fué haciendo en él una segunda naturaleza. Además, la libertad de accion, la riqueza y la completa independencia que ofrece la posicion del hacendado, completaron la perdicion del jóven.

Llegando cerca de las chozas de los negros, encontró Antonio al administrador general, que se ocupaba de colocar en sus chozas á los doce esclavos nuevos, que acababa de comprar el viejo Sanchez. El semblante del dependiente estaba taciturno, y cuando le preguntó Antonio por la causa de su mal humor, le contestó:

—Creo que vuestro señor padre ha hecho un mal negocio en la adquisicion de César.

—¿Por qué? preguntó Antonio. Este negro parece tan fuerte como un fierro.

—Es cierto: pero es de mal genio.

—¡Oh! dijo Antonio, riendo. Pienso que pronto lo docilitaremos.

—Ha hecho un ensayo de ahorcarse.

—¡Demonio! nos cuesta mil quinientos pesos.

—Llegué á tiempo para evitar el suicidio. Se iba á ahorcar con la tira de indiana que traia en la cintura.

—Que se la quiten.

—Ya está hecho.

—¿Y ya recibió su castigo?

—Deseaba yo esperaros á vos, ó á vuestro señor padre. Es una excepcion de los demás negros, á quienes el idiotismo hace dóciles. César pertenece á los llamados sentimentales, y estos son los peligrosos.

—No importa, exclamó Antonio lleno de cólera. Le iremos quitando su sentimentalismo. ¿Dónde está el bribon?

—Allá, entre los demás negros recién adquiridos.

—Bien, que sean ellos testigos, desde el primer dia, de la disciplina que se observa en el Diamante. Que se le apliquen los *stocks*.

—¡Señor!.... exclamó el administrador.

—¿Qué cosa?

—¿Puedo permitirme una palabra?

—Hablad.

—Creo que seria mejor tratar á César con moderacion, hasta acostumbrarlo; mas tarde acaso.....

—Nada de eso, gritó Antonio, y en sus ojos se veia un furor siniestro. Se debe hacer un ejemplar, atemorizando á este negro bribon.

—Y si le dan las convulsiones y se muere..... Cuesta mil quinientos pesos.

—Lo mando.

El administrador ya no replicó; llevó en seguida á los esclavos recién comprados á una plaza amplia, en frente de las chozas, donde se hallaba afianzada perpendicularmente una tabla ancha y gruesa, la que tenia, á

una distancia de tres y medio piés del suelo, un agujero bastante grande para introducir allí el pescuezo de un hombre. César fué obligado á meter la cabeza en él. Luego se fijó en la espalda de la víctima un anillo de fierro que tenia dos agujeros pequeños, en los cuales metieron sus manos.

—¡Bien! dijo entónces Antonio, con una risa sardónica. Ahora el látigo.

Los latigazos caían entónces como granizo sobre las espaldas del desgraciado, y la sangre salia á torrentes. César no gritaba..... solo un gemido sordo salia de cuando en cuando de su ancho pecho.

Al fin dijo Antonio: ¡Basta!

—¿Y hasta cuándo han de durar los *stocks*? preguntó el administrador.

—Hasta que se indiquen las convulsiones; dijo el hacendado con frialdad. Vos os quedareis lo mismo que los nuevos esclavos.

—Si no.....

—Sois responsable! exclamó Antonio. Reflexionad lo que cuesta el bribon.

Y se marchó.

Despues de dos horas, observó el administrador que comenzaban las convulsiones en César. Ni el mas fuerte hubiera podido aguantar esa posicion tan encogida, y este terrible castigo. Un poco mas de tiempo, y el desgraciado habria muerto.

Se quitó á César de los «stocks»; el jóven ántes fuerte como un Hércules, cayó desmayado.

Pero..... D. Antonio había calculado mal. *Tres semanas mas tarde encontraron á César ahogado.* Había preferido la muerte á la vida en el «Diamante». En el mismo día se fugó un esclavo, *Arvide*, que ántes había sufrido tambien el terrible castigo de los «stocks».

CAPITULO VII.

Don Ignacio y sus hijas.

Era cerca de la estacion de las aguas. Humboldt y Bonpland se hallaban ansiosos de observar este grandioso fenómeno en el Sur de América.

El primero había observado ya, desde principios del mes de Marzo, la acumulacion de todas burbujas visibles de vapor- y que se aumentaban la electricidad del aire de dia en dia. Se veian relámpagos hácia el sur, y el electrómetro de Volta señalaba despues de haberse metido el sol, continuamente electricidad positiva. (1)

(1) Viajes á las regiones equinocciales etc., tom. II., pág. 206.